



Serie Probados y Transformados

- Cuando Dios nos pide que lo demos todo -

(Génesis 22)

Enero 13, 2021 / Maestro Pastor Garza

< Abraham y su hijo Isaac >

Esa noche Abraham no pudo dormir. El Señor le había hablado y le había pedido que hiciera algo que para él era muy penoso e incomprensible. Piensa si debe o no comunicárselo a su esposa pero se da cuenta que para ella sería un golpe brutal. A eso de las tres de la mañana despierta a su hijo y a dos sirvientes y les dice que se preparen rápidamente para emprender un viaje antes que salga el sol.

— Papá ¿a dónde vamos?

— Hijo, vamos al lugar que Dios nos ha dicho que tenemos que ir.

El joven tiene apenas unos 16 años. Es de buen parecer. Ya tiene la altura de un hombre adulto y es robusto y musculoso. Su rostro está quemado por el sol del desierto. El grupo de 4 hombres comienza la marcha. Abraham va montado en un asno y le siguen Isaac y los dos criados. El paisaje es árido, hay rocas y más rocas. El sol es fuerte y quema como si fuera un soplete para fundir metales. Al tercer día Abraham vio de “lejos el lugar”. En la distancia hay una montaña que parecería igual a las otras tantas que han pasado. Pero el patriarca no puede apartar sus ojos de ella. Es como la aguja de la brújula que no puede dejar de apuntar hacia el polo. El Espíritu del Omnipotente le ha mostrado que ese es el lugar al que tiene que dirigirse.

Por fin Abraham hace una señal y el grupo se detiene. Allí hay unos pocos arbustos donde refugiarse del ardor del sol. “Esperad aquí con el asno y yo y el muchacho iremos hasta allí y adoraremos y volveremos a vosotros”

Al decir esto el anciano tartamudea. En lo profundo de su corazón no está seguro si Isaac volverá pero dice esas palabras que no puede realmente entender en toda su magnitud. Siente en su pecho una angustia que le desgarran por dentro pero ha aprendido a través de su larga vida que lo que Dios manda es siempre lo mejor.

El joven no argumenta cuando su padre pone el pesado fardo sobre sus espaldas. Comienza la parte final de la caminata. El padre lleva un cuchillo y una especie de antorcha encendida. El hijo lo sigue con el atado de leña.

El joven le dice a su padre:

— “¿Padre mío, he aquí el fuego y la leña pero donde está el cordero para el holocausto?” Isaac mira a su alrededor y no ve más que los arbustos de siempre y rocas. El joven se da cuenta exactamente de lo que su papá va a hacer.

Por la mente de Abraham cruzan todos los momentos más importantes de la vida de su hijo como si fuera una película de cine. Recuerda cuando el Eterno le anunció que su



anciana esposa iba a tener un hijo. Le viene a su memoria como si fuera hoy la risa de temor e incredulidad de Sara. Se acordó de la frase que dijo el Omnipotente y que jamás iba a olvidar. La había repetido cientos de veces en su corazón: “¿hay para Dios alguna cosa difícil?” (Gn 18:14). Con tristeza se acordó del nacimiento y de los primeros pasos. De cómo el niño corría hacia él y le daba besos y abrazos. Pero pronto todo esto podía ser sólo el recuerdo hermoso de un hijo muerto a una edad muy joven.

Lentamente el padre coloca a su hijo sobre el montón de leña que ha dispuesto cuidadosamente. Abraham mira a ese cuchillo filoso que tantas veces ha usado para ofrecer el sacrificio a ese Dios que es “tres veces santo”. Isaac no se queja ni protesta. Guarda silencio de la manera que sólo lo pueden hacer aquellos que aceptan la voluntad del Eterno incondicionalmente. El patriarca levanta su brazo armado para cumplir el mandato divino.

En el preciso instante que su cerebro va a dar la orden del golpe final se escucha el ángel de Jehová dando voces del cielo “Abraham, Abraham”. El patriarca responde, “Heme aquí”. “No extiendas tu mano sobre el muchacho ni le hagas nada porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único”.

< La historia bíblica y yo >

Dios hace cosas que para nosotros son totalmente incomprensibles. A veces las entendemos al pasar de los años, en otras ocasiones sólo las comprenderemos en la eternidad. Esta es una de ellas. Sin duda que Abraham no pudo entender por qué el Señor le dijo que entregara a su Hijo como un sacrificio. No hay precedente que Dios haya ordenado esto a ninguna persona antes.

Observemos que Abraham no postergó la orden del Señor. Se decidió a hacer lo que el Señor le había dicho de inmediato. Para poder acceder a la orden del Eterno tiene que estar plenamente convencido a lo menos de los siguientes atributos de Dios.

- Su reinado o soberanía de Dios. El tiene derecho de exigirle todo lo que quiere a sus súbditos por su derecho como Rey eterno.
- Su omnisciencia o conocimiento y sabiduría total. Abraham no interroga a Dios ni le discute.
- El amor divino. Si Dios me lo pide él hará algo aunque yo no lo entiendo. Dado que Él me ama no va a hacer algo malo por el sólo hecho de hacerlo.
- Su omnipotencia o poder ilimitado. Que aún podía resucitar de los muertos (He11:19).

< Contrastes entre Isaac y Cristo >

Contrastes y Similitudes entre la historia de Abraham e Isaac y del Padre Eterno y de su Hijo Jesucristo.

- El padre iba a sacrificar al hijo que amaba tanto: “a Isaac a quien amas”. El Padre sacrifica al Hijo a quien ama (Jn 15:9).



- El padre puso la carga de leña sobre su hijo. El Padre puso la carga del pecado sobre el Hijo: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado” (1 Co 5:21) y (Is 53:6) “Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros”.
- Abraham estaba dispuesto a ofrecer a su único hijo (nacido por la fe) si bien tenía uno, Ismael, que había sido engendrado según la carne. Dios ofreció a su Hijo único: “De tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo unigénito” (Jn 3:16).
- Abraham vio el lugar donde tenía que ofrecer el sacrificio “de lejos”. Jesús, al principio de “su ministerio le responde a su madre: aún no ha venido mi hora” (Jn 2:4). Con esto estaba indicando que ya miraba de lejos a la cruz.
- El padre y el hijo iban juntos. Tenían comunión. El hijo aceptaba incondicionalmente la voluntad de su padre. El Hijo de Dios pudo decir “porque yo lo que a él agrada hago siempre” (Jn 8:29) y su Padre pudo agregar: “Tu eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia” (Lc 3:22).
- Abraham alzó su mano con el cuchillo. El Padre levantó la espada simbólica del juicio sobre el pecado: “¡Levántate oh espada contra mi pastor y contra el hombre compañero mío!” (Zac 13:7), y “Jehová quiso quebrantarlo sujetándole a padecimiento” (Is 53:10).
- El hijo (Isaac) no se resistió contra el padre. El Eterno Hijo no se opuso a la voluntad de su Padre: “como oveja delante de sus trasquiladores enmudeció y no abrió su boca” (Is 53:7).
- El hijo del acaudalado Abraham hizo el viaje a pie con los sirvientes. El Hijo de Dios, el Creador y Sustentador del Universo fue caminando por los senderos polvorientos de Judea.
- Isaac llevó la leña cuando dejaron atrás a los sirvientes. El Hijo llevó el peso del pecado (“la leña”) todo el camino.
- Abraham fue al lugar que Dios le dijo. El Hijo fue al lugar que el Padre le indicó: “He aquí que vengo, oh Dios para hacer tu voluntad” (He 10:9-10).
- Una voz del cielo salvó la vida de Isaac: “no extiendas tu mano sobre el muchacho” (Gn 22:12). No hubo una voz del cielo para detener el sacrificio. Los hombres dijeron: “Dejad, veamos si viene Elías a librarle” (Mr 15:36), pero hubo silencio del cielo.

No hay lugar para improvisación.

La frase “Dios proveerá de cordero para el holocausto” (Jn 1:29) se cumple textualmente con la venida del Señor Jesús como el Cordero de Dios muriendo en la cruz. Una reflexión más en cuanto a la promesa que Dios le hizo a Abraham, “en tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra”.

En un sentido se ha cumplido en el hecho que ha habido muchos israelitas con los premios Nobel de Medicina, Física o Química en mayor proporción que cualquier otro país del mundo. También músicos, compositores, directores de orquesta. Pero la bendición más grande fue nuestro bendito Señor Jesucristo, nuestro Redentor que nació de la descendencia de Abraham.

